

Terapia florida

En el horizonte de la salud holística, uno de los últimos gritos de la moda es la denominada *terapia floral*, conocida comunmente con el nombre de *flores de Bach*.

Edward Bach (1886-1936) fue un homeópata británico, doctor en medicina y filosofía y licenciado en ciencias. Practicó la homeopatía convencional en Londres, al parecer con bastante éxito, mas en los últimos años de su relativamente breve vida abandonó dicha práctica y se dedicó a buscar remedios herbarios efectivos e inocuos. El resultado fue la descripción y aplicación en «miles de casos» de 38 remedios florales, que aislados o en combinación serían eficaces para el tratamiento de diversas condiciones.

La obra de Bach fue continuada por sus discípulos, entre los que se destacó el Dr. F. J. Wheeler, autor de un «repositorio» o catálogo de remedios florales, en el cual se ordenan alfabéticamente diferentes condiciones y se indica el remedio más adecuado para cada caso. Existe un *Centro Dr. Bach* en Wallingford, Inglaterra, el cual atiende pacientes según los principios del Dr. Bach, y provee por pedido sus 38 esencias florales, aun cuando en teoría éstas pueden ser preparadas por cualquiera.¹

En 1976 la Organización Mundial de la Salud incluyó la terapia floral de Bach entre las prácticas alternativas o no convencionales oficialmente reconocidas por dicho organis-

mo. Desde entonces la popularidad del método ha crecido, de modo que además de haber aumentado el número de practicantes y de pacientes, se han publicado varios libros en español sobre el tema. Algunos de ellos, de edición reciente, se listan en la Bibliografía. En el presente capítulo nos referiremos casi exclusivamente a la formulación original del Dr. Bach.

Como veremos, Edward Bach no se limitó a proponer nuevos medicamentos, sino que desarrolló una concepción de la medicina que constituye una escuela en sí misma. La propuesta de Bach era amplia, incluyendo aspectos tan diferentes como la actitud hacia nuestros semejantes, hábitos sanos, buena higiene personal, etc. *En este sistema la terapia floral es tal vez la parte más llamativa, pero por cierto no la más importante.*

Las flores de Bach

A diferencia de la terapia herbaria convencional, la terapia floral de Bach se encamina a modificar la actitud psicológica básica del paciente, como un camino eficaz para sanar sus dolencias físicas. Este enfoque se basa en las peculiares ideas del Dr. Bach sobre la naturaleza del ser humano y de la enfermedad. En pocas palabras, el remedio floral no ataca directamente la dolencia física que afecta al paciente, sino que presuntamente obra sobre su estado de ánimo y actitud frente a la vida.

Por lo anterior, el Dr. Bach no se preocupó por establecer una clara correspondencia entre su terapia floral y la clasificación de las enfermedades o *nosología* que la medicina convencional acepta. Para Bach el diagnóstico preciso de la dolencia física era poco importante, pues corrigiendo el estado mental que la causaba, aquélla desaparecería inexorablemente:

«Como las hierbas curan nuestros temores, nuestras ansiedades, nuestras preocupaciones, nuestros defectos

y nuestros fallos [sic], ellas son las que debemos procurarnos, y entonces la enfermedad, sea la que sea, desaparecerá de nuestro cuerpo... Los remedios de la naturaleza que se dan en este libro han demostrado... tener poder para curar todo tipo de enfermedades y padecimientos.

Al tratar los casos con estos remedios, no se tiene en cuenta la naturaleza de la enfermedad; se trata al individuo, y al mejorar éste se va su enfermedad...» (Bach, p. 85s).

Sobre esta base, Bach clasificó siete categorías de actitudes o estados de ánimo, e indicó cuál o cuáles de sus remedios florales convenían a cada caso.

Las diversas especies florales que se mencionan en cada categoría corresponden a casos particulares del mismo problema general. Las 12 flores marcadas con un asterisco son las que Bach describió inicialmente en la primera edición de su obra *Los Doce Remedios*; las otras 26 fueron añadidas como resultado de ulteriores investigaciones.

TABLA I

Clasificación de dolencias y remedios florales adecuados, según Edward Bach.

<u>Problema</u>	<u>Remedio floral</u>
1. Temor	*Heliantemo (<i>Helianthemum nummularium</i>)
	*Mímulo (<i>Mimulus guttatus</i>)
	*Cerasífera (<i>Prunus cerasifera</i>)
	Alamo temblón (<i>Populus tremula</i>)
	Castaño rojo (<i>Aesculus carnea</i>)
2. Incertidumbre	*Ceratostigma (<i>Ceratostigma willmottiana</i>)
	*Scleranthus (<i>Scleranthus annuus</i>)
	*Genciana (<i>Gentiana amarella</i>)

	Aulaga	(<i>Ulex europaeus</i>)
	Hojarazo	(<i>Carpinus betulus</i>)
	Avena silvestre	(<i>Bromus ramosus</i>)
3. Apatía	*Clemátide	(<i>Clematis vitalba</i>)
	Madreselva	(<i>Lonicera caprifolium</i>)
	Rosa silvestre	(<i>Rosa canina</i>)
	Olivo	(<i>Olea europaea</i>)
	Castaña blanco	(<i>Aesculus hippocastanum</i>)
	Mostaza	(<i>Sinapis arvensis</i>)
	Brote de castaño	(<i>Aesculus hippocastanum</i>)
4. Soledad	*Violeta de agua	(<i>Hottonia pallustris</i>)
	*Impaciencia	(<i>Impatiens glandulifera</i>)
	Brezo	(<i>Calluna vulgaris</i>)
5. Influenciabilidad	*Centaura	(<i>Centaureum umbellatum</i>)
	Agrimonia	(<i>Agrimonia eupatoria</i>)
	Nogal	(<i>Juglans regia</i>)
	Acebo	(<i>Ilex aquifolium</i>)
6. Abatimiento y desesperación	Alerce	(<i>Larix decidua</i>)
	Pino	(<i>Pinus sylvestris</i>)
	Olmo	(<i>Ulmis procera</i>)
	Castaña dulce	(<i>Castanea sativa</i>)
	Leche de gallina	(<i>Ornithogalum umbellatum</i>)
	Sauce	(<i>Salix vitellina</i>)
	Roble	(<i>Quercus robur</i>)
	Manzano silvestre	(<i>Malus pumila</i>)
7. Preocupación excesiva por el bienestar ajeno	*Achicoria	(<i>Chicorium intybus</i>)
	*Verbena	(<i>Verbena officinalis</i>)
	Vid	(<i>Vitis vinifera</i>)
	Haya	(<i>Fagus silvatica</i>)
	Agua de Roca	

(*) Estos medicamentos fueron los Doce originalmente descritos por Bach.

Las esencias se preparan sumergiendo en agua pura las flores en cuestión, bajo la acción de la luz solar, durante algunas horas. El paciente debe agregar dos gotas del extracto en 30 ml de agua, añadiendo unas gotas de brandy como conservante.

Una de las grandes ventajas de la terapia floral de Bach es que «todos los remedios son puros e inofensivos» (p. 108). No hay peligro de sobredosis, ni tampoco es peligroso administrar un remedio equivocado. Puede ser necesario combinar diferentes esencias (hasta seis a la vez) según el caso. En emergencias las gotas pueden administrarse cada «pocos minutos» (sic), en casos graves cada media hora, y en casos crónicos cada 2 ó 3 horas. Los extractos pueden emplearse asimismo como lociones, aspersiones y en baños.

Desde luego, no han faltado intentos de añadir nuevas esencias a las 38 descritas por Bach.

Por ejemplo, Jorge Luis Raff, un ex vendedor argentino que se dedicó al tema tras tomar cursos de control mental y terapia floral, recomienda el empleo de 100 diferentes remedios.²

El libro de la Sra. de Marzano, citado en la Bibliografía, es una compilación de diferentes remedios florales de diversos países del mundo.

Independientemente del número de esencias a emplear, el plan terapéutico es más o menos similar, y tiene una semejanza difícilmente fortuita con el procedimiento homeopático. Sin embargo, difiere de éste en que el principal determinante de la terapéutica a ser administrada es el *estado psicológico* del paciente y no su sintomatología física.

En la consulta inicial el médico decide cuál remedio o combinación de remedios es apropiado para el caso. El paciente debe tomarlo en la dosis indicada hasta percibir mejoría.

Puede ocurrir ocasionalmente un empeoramiento en los síntomas, que es interpretado según la ley homeopática de la *dirección de la curación*: el empeoramiento de la sintomatología indica que el mal está saliendo fuera del paciente.

Es frecuente que luego de desaparecida la sintomatología inicial se manifiesten nuevos problemas que obligan a modificar la terapéutica. Como en la terapia homeopática, el tratamiento puede prolongarse indefinidamente, en la medida en que nuevos síntomas reemplacen a los anteriores. Esto parece un círculo vicioso, mas según los terapeutas florales no lo es, por cuanto los remedios no constituyen el tratamiento de fondo, sino una simple ayuda.

En efecto, según Bach el paciente solamente puede librarse de la enfermedad si logra una perfecta armonía entre su alma y su mente que le permita superar todos sus conflictos y temores. En tal caso, la persona llegaría a ser literalmente inmune a toda enfermedad. El verdadero objetivo del sistema de Bach es producir un *profundo cambio de conciencia*, y aquí está el mayor peligro del asunto; pero antes de tratar esto, veamos qué explicación existe sobre el presunto efecto beneficioso de las flores de Bach.

El creador del método no propuso explicación alguna, excepto que lo había recibido como una revelación:

«No se requiere ciencia alguna, ni conocimientos previos... sin ciencia, sin teorías, pues todo en la naturaleza es muy simple. “Este sistema de curación... se nos ha revelado divinamente”» (p. 85).

Sin embargo, no todos se conforman con semejante explicación, de modo que recientemente se han propuesto hipótesis más atrayentes, en general basadas en la transferencia de algún tipo de energía vital presente en las flores. Por ejemplo, el Dr. H. A. W. Forbes dice que los remedios de Bach «parecen obrar con el mismo principio que la homeopatía y las hierbas –ellos transmiten un modelo energético».³

Otros van más allá y proponen la transferencia de energía consciente que, incorporada al organismo, restaura el balance energético y pone al paciente en sintonía con la Energía Consciente del Universo.

Crítica Científica

Es difícil creer que existan medicamentos potentes al tiempo que completamente inocuos. Ni siquiera las infinitas diluciones homeopáticas son consideradas tan inofensivas como las flores de Bach. Si tal cosa fuese cierta, seguramente revolucionaría la medicina. Por tanto, se esperaría que hubiese ensayos clínicos bien controlados, además de una sólida base teórica y experimental.

Nada de esto existe en el caso de la terapia floral. El mismo Dr. Bach rehusó, como vimos, proponer base racional alguna para su sistema: éste funciona... porque funciona, y se basa en una revelación divina. No hay experimentación básica en animales, y aunque la hubiese, la evaluación de sutiles cambios psicológicos en los irracionales sería virtualmente imposible. Los estudios bioquímicos, farmacológicos y toxicológicos brillan por su ausencia. Los seguidores de Bach han propuesto hipótesis cuya realidad es indemostrable, y por lo tanto carentes de significación desde el punto de vista científico.

Todo esto no sería tan grave si existiesen pruebas contundentes de la efectividad de la terapia floral. Sin embargo, la única evidencia en favor del método, luego de más de cincuenta años de existencia, son los miles de casos tratados de manera presuntamente exitosa por Bach y sus seguidores. Sin embargo, por la misma naturaleza del método y su desinterés en las clasificaciones nosológicas convencionales, es imposible estimar con seguridad cuántos pacientes fueron en verdad curados con esta terapia. No se sabe cuántos pacientes hubiesen mejorado espontáneamente, cuántos fueron ayudados por una actitud comprensiva, cuántos empeoraron, o cuántos quedaron sin variantes. Éste es un caso típico de terapia de eficacia desconocida, pero cabe recordar que es a sus proponentes a quienes les compete proveer pruebas científicamente convincentes (cap. II), una tarea que al parecer no les entusiasma.

Los partidarios de la terapia floral hacen notar con orgullo que las flores de Bach han sido incluidas en el catálogo

de técnicas no convencionales por la Organización Mundial de la Salud. Si se recuerda que la OMS ha incluido en tal catálogo algunas prácticas tan cuestionables como el espiritismo y la medicina mágica africana, se convendrá que tal inclusión de ninguna manera garantiza el fundamento científico o la eficacia del método. *La administración de sustancias desconocidas a pacientes con dolencias no diagnosticadas no parece a primera vista un procedimiento aconsejable.* Por lo demás, un paciente con un mal realmente grave puede verse perjudicado seriamente al demorar un tratamiento necesario entreteniéndose con la terapia floral.

Sin embargo, como ya señalamos, la terapia floral no es sino un aspecto de la concepción de Edward Bach sobre el problema de la salud y la enfermedad. El resto es mucho más cuestionable que sus flores.

La salud según Bach

Las creencias del Dr. Bach se exponen en su obrita *Cúrate a ti mismo*. Allí explica que la raíz de la enfermedad no se halla en factores externos, sino en los conflictos internos de las personas. Específicamente el problema radica en la falta de armonía entre la mente y el alma humanas:

«Nunca se erradicará ni se curará la enfermedad con los actuales métodos materialistas, por la sencilla razón de que la enfermedad no es material en su origen... La enfermedad es en esencia el resultado de un conflicto entre el Alma y la Mente, y no se erradicará a no ser con un esfuerzo espiritual y mental» (Bach, p. 26).

El alcance de esta afirmación podrá entenderse si añadimos que para Bach el alma humana es un ser *Superior e intrínsecamente divino*, que se halla de paso en una morada terrena. En su librito insiste no menos de veinte veces en esta idea.

Algunos párrafos típicos son los siguientes:

«El hombre tiene un Alma que es su Ser real; un Ser Divino, Poderoso, Hijo del Creador de todas las cosas, del cual el cuerpo, aunque templo terrenal de esa Alma, no es más que un diminuto reflejo; que nuestra Alma, nuestro Ser Divino que reside en y en torno a nosotros, nos da nuestras vidas como quiere Él que se ordene... para llevarnos siempre a lo mejor... Él, nuestro Ser Superior, al ser una chispa del Todopoderoso, es por tanto invencible e inmortal»

«La inestabilidad, la indecisión y la debilidad resultan cuando la personalidad se niega a dejarse gobernar por el Ser Superior... Tal condición no sería posible si tuviéramos en nosotros el Conocimiento de la Divinidad Inconquistable e Invencible que es en realidad nuestro ser.»

«El miedo en realidad no cabe en el reino humano, puesto que la Divinidad que hay dentro de nosotros, que es nosotros, es inconquistable e inmortal y si sólo nos diéramos cuenta de ello, nosotros, como Hijos de Dios, no tendríamos nada que temer» (*Ibid.*, p. 29s, 37, 69).

Dicho en pocas palabras, en cada ser humano mora un Alma inmortal, indestructible, superior y de enorme sabiduría, que es la guía perfecta y suficiente para nuestra vida. Bach llega incluso a llamar al alma «nuestro Padre Celestial» (p. 76).

La falta de coherencia entre los propios actos y actitudes y los propósitos del alma sería entonces el conflicto básico que ocasiona toda enfermedad con síntomas físicos. Para Bach, esta doctrina sobre la salud y la enfermedad concuerda con la enseñanza de todas las religiones según ésta fue dada a conocer por maestros como Buda, Jesús y otros.

Como dijimos antes, Bach presta escasa atención a las enfermedades en sí, pues sostiene que cualesquiera fuesen, solamente pueden curarse mediante la restauración de una perfecta armonía entre el Alma y la Mente. A pesar de esto, vinculó las manifestaciones de enfermedad con el defecto psicológico o moral subyacente. Por ejemplo, el orgullo daría

lugar a dolencias que producen rigidez en el cuerpo, la ignorancia causaría miopía o sordera, las acciones erróneas trastornan en las manos, la falta de amor afecciones cardíacas, etc.

Edward Bach consideraba que las enfermedades eran parte de la escuela de la vida, y constituían una oportunidad para progresar en el perfeccionamiento personal:

«La enfermedad, en apariencia tan cruel, es en sí beneficiosa y existe por nuestro bien, y, si se la interpreta correctamente, nos guiará para corregir nuestros defectos esenciales... El sufrimiento es un correctivo para destacar una lección que de otro modo nos habría pasado desapercibida y que no puede erradicarse hasta que no se aprende la lección» (p. 28s).

Bach se adelanta al problema de la enfermedad en los niños al aclarar que la supuesta lección podía estar dirigida a corregir errores cometidos en *otras vidas* (p. 33). En efecto, la presente vida terrenal sería mayormente una *escuela* para nuestro perfeccionamiento, y constituiría apenas *un breve paso en el largo camino de la evolución individual hacia la perfección*. La referida evolución es por completo el fruto del propio esfuerzo, bajo la segura guía del Alma de cada uno.

«Nuestro breve paso por la tierra..., no es más que un momento en el curso de nuestra evolución... los cuerpos de que tenemos conciencia son temporales...

»No se insistirá nunca lo suficiente sobre el hecho de que todas las almas encarnadas en este mundo están aquí con el específico propósito de adquirir experiencia y comprensión, y de perfeccionar su personalidad para acercarse a los ideales del alma» (p. 52).

Para este perfeccionamiento evolutivo pueden emplearse tantas vidas como sean necesarias, en sucesivas reencarnaciones. Aunque Bach no insiste sobre este tema, su fe en la reencarnación se manifiesta con claridad cuando reco-

mienda a los padres tratar con consideración y respeto a sus hijos, cuyas almas pueden ser *mayores y más avanzadas* que las de sus propios progenitores.

La guía del Alma no se ajusta a normas preestablecidas, porque, según Bach, no existen reglas absolutas. No existe entonces ninguna doctrina infalible para la evolución del Alma, ya que nuestras concepciones del bien y del mal son por completo relativas.

«La cuestión de verdad y error, de bien y mal, es puramente relativa. Lo que está bien en la evolución natural del aborigen, estaría mal en lo más avanzado de nuestra civilización; y lo que para nosotros puede incluso ser una virtud, puede estar fuera de lugar, y por tanto ser malo, en quien ha alcanzado el grado de discípulo. *Lo que nosotros llamamos error o mal es en realidad un bien fuera de lugar, y por tanto es algo puramente relativo*» (p. 42, cursivas mías).

Así, cada cual evoluciona según sus propias normas. Empero, sí hay un principio general que constituye un fundamento moral, siquiera rudimentario: es el principio de la Unidad de Todas las Cosas. El universo es una «totalidad» que proviene de Dios, de modo que el ataque a la más ínfima de sus partes es una agresión en contra del conjunto.

«Así, cualquier acción contra nosotros mismos o contra otro afecta a la totalidad, pues al causar una imperfección en una parte, ésta se refleja en el todo, cuyas partículas habrán de alcanzar la perfección en última instancia» (p. 32).

Por tanto, actuar en contra de la Unidad es, junto con desobedecer los dictados de nuestra alma, el más grave error que una persona puede cometer. Sobre esta base, el Dr. Bach se opuso enérgicamente al uso de animales para experimentación y aún para el consumo alimentario. Tal cosa, decía, no solamente es inútil, sino además nociva.

«¿Dónde caben en este cuadro tan hermosas prácticas como la vivisección...? ¿Seguimos siendo tan primitivos, tan paganos, que seguimos pensando que con el sacrificio de animales nos libraremos de los resultados de nuestras propias culpas y errores? Hace cerca de 2.500 años, el Señor Buda demostró al mundo lo equivocado del sacrificio de criaturas inferiores... lejos de beneficiarse el hombre con tan inhumanas prácticas, sólo perjudica al reino tanto animal como humano» (p. 55).

En el fondo, lo que más le inquietaba a Bach era la ofensa contra la presunta Unidad Cósmica, y no era para menos ya que él concebía al universo como *parte del mismísimo Ser de Dios*, el que se halla en continua evolución:

«El universo es Dios hecho objetivo; al nacer el universo, renace Dios; cuando perece, Dios evoluciona aún más. Así ocurre con el hombre; su cuerpo es él externalizado, es una manifestación objetiva de su naturaleza interna; es la expresión de sí mismo, la materialización de las cualidades de su conciencia» (p. 80).

Todo lo anterior implica que el hombre *debe* aceptar el reto de la propia evolución. Por lo tanto, y aplicando las concepciones precedentes al campo de la terapéutica, según Bach la función del médico se reduce a dos cuestiones fundamentales:

En primer lugar, *el médico debe orientar al paciente para que adquiera un conocimiento cabal de sí mismo, según los principios ya enunciados, para que pueda evolucionar al poner su mente en sintonía con su alma*. En segundo lugar, y de manera casi accesoria, el médico debe administrar remedios para el cuerpo físico. Sin embargo, Bach preveía que, en la medida en que los médicos tuviesen éxito en lo primero, lo segundo sería cada vez menos necesario, ya que supuestamente una personalidad plenamente armónica es inmune a toda enfermedad. Por ello, él vislumbró un futuro sin enfermedades a partir de los principios establecidos

inicialmente por la escuela homeopática de Hahnemann, y por las contribuciones del propio Bach:

«La abolición de la enfermedad dependerá de que la humanidad descubra la verdad de las leyes inalterables de nuestro Universo y de que se adapte con humildad y obediencia a esas leyes, trayendo la paz entre su alma y su ser, y recobrando la verdadera alegría y felicidad de la vida» (p. 63).

Crítica Cristiana

Para expresar el punto de vista cristiano sobre la terapia de Bach, deberá tenerse presente que las esencias florales, y los preceptos higiénicos que él enunció no son sino un aspecto de su enfoque. Como la medicina holística en conjunto (cap. I) el Dr. Bach se proponía fundamentalmente provocar en sus pacientes *un cambio de conciencia, una nueva concepción de sí mismos y del universo*. Y es precisamente aquí donde la terapia de Bach entra en grave conflicto con la Biblia, como demostraremos a continuación.

1. Autodivinización

La Biblia enseña que existe un único Dios verdadero (Dt. 6:4; Is. 43:10; Jn. 5:44; 17:3; Ro. 16:27; 1 Ti. 1:17; Jud. 4, 25). Sólo Él es intrínsecamente inmortal (1 Ti. 1:16s). El alma humana es creación de Dios, pero no es en sí misma inmortal ni divina. Todo hombre es una criatura de Dios, pero sólo aquellos que han recibido la salvación por la fe en Cristo pueden ser considerados *hijos de Dios* (Jn. 1:12; Ro. 8:16; Gá. 3:26).

La Escritura enseña que en lugar de creer en la superioridad de nuestro yo interior, el primer y necesario paso hacia la felicidad consiste en *reconocer la propia miseria y maldad*, pues todo hombre es pecador (Ro. 3:22-24). El apóstol Pablo, un santo varón de Dios, escribió:

«Yo sé que en mí, a saber, en mi carne, no mora el bien. Porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo... Por lo tanto, hallo esta ley: Aunque quiero hacer el bien, el mal está presente en mí...» (Ro. 7:18, 21).

Por lo tanto, es vano buscar *dentro de nosotros* una guía confiable: No la hay. Por el contrario, en lugar de seguir nuestra propia opinión, es necesario obedecer a una Guía *externa y perfecta*, que es la Palabra de Dios:

«Hay camino que al hombre le parece derecho, pero que al final es camino de muerte» (Pr. 14:12).

«Estas palabras que Yo te mando estarán en tu corazón» (Dt. 6:6).

«El comienzo de la sabiduría es el temor de Jehovah, y el conocimiento del Santísimo es la inteligencia» (Pr. 9:10).

«Si guardáis Mis mandamientos; permaneceréis en mi amor» (Jn. 15:10).

«Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien Tú has enviado» (Jn. 17:3).

2. Evolución y salvación

La enseñanza de Edward Bach es que cada uno debe procurar su salvación a través del propio esfuerzo, avanzando según sus méritos a lo largo de un lento y prolongado pero a la vez ascendente camino evolutivo. La Biblia llama a una vida santa, consecuente con la vocación cristiana (Mt. 5:48; Ro. 12:1s; Fil. 1:9-11; 2:12s; 2 P. 1:3-11, etc).

Sin embargo, enseña claramente que *nadie puede salvarse a sí mismo*:

«Y en ningún otro [que Jesús] hay salvación, porque no hay otro nombre debajo del cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos» (Hch. 4:12).

«A todos los que Le recibieron, a los que creen en Su nombre, les dio derecho de ser hechos hijos de Dios» (Jn. 1:12).

«Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo» (Ro. 5:1).

«Porque por gracia sois salvos, por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No es por obras, para que nadie se gloríe» (Ef. 2:8s).

Así, las Sagradas Escrituras enseñan que sólo en Jesucristo hay salvación. En cambio para el Dr. Bach, Jesús no fue el Salvador de la raza humana, sino uno más de entre muchos maestros que vinieron a guiar a la humanidad hacia la perfección a través de la evolución basada en el esfuerzo propio. Por tanto, tampoco fue ni es el Señor del universo ante quien toda rodilla habrá de doblarse (Ro. 14:9s; Fil. 2:9-11). Llamativamente, *Bach le reconoce a Buda el mismo título de Señor que le niega a Jesucristo*.

Bach creía que la enfermedad tenía siempre una función didáctica. Esta concepción simplifica absurdamente el complejo problema del sufrimiento humano. La enfermedad puede ser punitiva, como puede ser disciplinaria, como puede no ser ni una cosa ni la otra, según explicó el Señor Jesús a sus compatriotas (Juan 9:1-3).

Por lo demás, la existencia de la enfermedad se vincula con el hecho la creación misma ha sido distorsionada por el pecado, y no desaparecerá aquélla en tanto exista éste. Bach creía que la enfermedad habría de desaparecer cuando la humanidad evolucionase lo suficiente, mas la Biblia nos dice que el sufrimiento humano, del cual la enfermedad es solamente una parte, llegará a su fin recién cuando toda la Creación sea redimida, renovada y transformada por Dios (Ro. 8:18-24; Ap. 21:4).

3. Reencarnación y Karma

Las nociones de Bach sobre la divinidad del alma humana y la evolución desembocan naturalmente en la creencia en la reencarnación, pues es obvio que una sola vida no es

suficiente para alcanzar la perfección por el propio esfuerzo. Como se trata exclusivamente de las propias obras, *toda deuda de esta vida o de vidas previas debe ser inevitablemente pagada por completo*, según el principio hinduista del karma.

Etimológicamente karma significa «acción», pero en el hinduismo se refiere a las consecuencias que nuestros actos nos acarrearán. Debe entenderse que no se trata simplemente de la responsabilidad personal por los propios actos que se establece en la Biblia (Gá. 6:7-10).

El karma es concebido como *una inescapable ley universal que nos exige el pago completo de nuestras malas acciones* ya sea de esta vida o de vidas anteriores.

Desde una perspectiva cristiana, es preciso notar que la reencarnación y el karma son conceptos irreconciliablemente opuestos con la revelación bíblica.

1. *La Escritura no enseña la reencarnación, sino la resurrección.* Ambas nociones son incompatibles entre sí. En efecto, en la reencarnación la misma individualidad o alma ocuparía, en diferentes épocas, distintos cuerpos y mentes. Estos últimos servirían sólo para dotar al alma de un soporte físico para avanzar en su evolución y serían, por así decirlo, descartables. El alma que alcance el máximo grado de evolución no necesita reencarnarse; de hecho, el cuerpo físico podría incluso ser un estorbo. *Para el reencarnacionismo, el cuerpo no es una parte integral de la persona.* Por el contrario, según la Biblia todo ser humano es *integralmente* cuerpo y alma. Por lo tanto, la salvación que proviene de Dios, y es para la persona completa, *afecta también al cuerpo.* Es cierto que en la muerte, alma y cuerpo se separan, y éste se corrompe. Pero no es menos cierto que la esperanza de todo cristiano es ser redimido y hecho perfecto *en cuerpo y alma*, en la resurrección del último día. Allí nuestros cuerpos se levantarán incorruptibles, perfectos y gloriosos. El cuerpo que ha de levantarse tendrá una relación con

el único cuerpo que nos pertenece, que es parte de nosotros. Tal relación es misteriosa, mas el Apóstol la compara con la que existe entre la semilla y la planta madura (1 Co. 15). Algunas afirmaciones escriturales claras son:

«Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna y otros para vergüenza y eterno horror» (Dn. 12:2).

«No os asombréis de esto, porque vendrá la hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz y saldrán, los que hicieron el bien para la resurrección de vida, pero los que practicaron el mal para la resurrección de condenación» (Jn. 5:28s).

«Porque así como en Adán todos mueren, en Cristo todos serán vivificados» (1 Co. 15:22).

«Vi también a los muertos, grandes y pequeños, que estaban de pie delante del trono... y los muertos fueron juzgados a base de las cosas escritas en los libros, de acuerdo a sus obras» (Ap. 20:12).

Sin embargo, hay en la doctrina de la reencarnación algo mucho peor que su menosprecio por el cuerpo, y es que *alienta la insensata ilusión de que disponemos de todas las vidas y todos los cuerpos que precisemos para nuestra evolución.* Ésta es literalmente una trampa mortal, por cuanto la Biblia dice con claridad que es ahora y en *esta vida* cuando tenemos oportunidad de ponernos en paz con Dios. Luego de exhalar nuestro último aliento, nuestro destino queda definitivamente sellado para la eternidad, como claramente lo enseñó Jesús en la narración sobre el rico y Lázaro (Lc. 16:19-31). En la carta a los Hebreos se menciona como una verdad indiscutible y conocida por todos los cristianos, que está establecido que los hombres *mueran una sola vez*, luego de lo cual todos han de ser juzgados (He. 9:27).

2. *La doctrina hinduista del karma es incompatible con la gracia de Dios.* El karma apela al orgullo humano, al inculcarle al hombre la peregrina idea de que él es capaz de salvarse a sí mismo. La experiencia cotidiana muestra, por el contrario, que el hombre no puede salvarse a sí mismo más de lo que puede levantarse en vilo tirando de los cordones de sus zapatos. Las Escrituras revelan que el Plan de Salvación requiere como su fundamento la misericordiosa gracia de Dios manifestada en la obra de Jesucristo. *Sin gracia no puede haber salvación.* Si pudiésemos salvarnos a través de reducir nuestro mal karma por nuestros propios méritos, la muerte de Cristo hubiese sido una vana locura, y no el único y verdadero fundamento de nuestra salvación. Sin embargo, el Dr. Bach rechaza todo sacrificio como una crueldad innecesaria e inapropiada para seres cuya salvación está *en sus propias manos*. No hay Dios que propiciar, ni gracia que invocar. Por el contrario, la Biblia revela que los sacrificios del Antiguo Pacto fueron ordenados por Dios, y tenían *para nosotros* la noción fundamental de que *sin derramamiento de sangre no hay remisión de pecados* (Lv. 17:11; He. 9:15-22). Esto preparó el camino para el último y definitivo Sacrificio de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

4. *Relativismo ético*

Según enseña el Dr. Edward Bach, bien y mal son nociones relativas, que dependen de la etapa evolutiva de la persona. Según este criterio, el mal en realidad *no existe*; es nada más que la ausencia de bien, o como prefiere Bach, un bien fuera de lugar.

¿Y qué es el bien para Bach? Pues todo aquello que contribuya a nuestra evolución personal. Así, una cosa buena hoy puede ser mala mañana, y viceversa. Por lo demás, lo que es bueno o malo es determinado *exclusivamente según la infalible guía de la propia alma*. Por el contrario, la Biblia enseña que en su condición actual el alma humana es una

guía engañosa (Jer. 17:9) y necesita de la sabiduría de Dios para salvarse y caminar en Luz:

«Yo dije: “Oh Jehovah”,
ten misericordia de mí,
sana mi alma,
porque contra Ti he pecado» (Sal. 41:4).
«Desfallece mi alma en espera de tu salvación;
en Tu palabra he puesto mi esperanza» (Sal. 119:81).
«El alma del impío desea el mal;
su prójimo no halla gracia ante sus ojos» (Pr. 21:10).
«Así como ellos escogieron sus propios caminos y sus
almas se complacieron en sus abominaciones, Yo también
escogeré tratarlos con penurias y traeré sobre ellos
lo que temen» (Is. 66:3s).
«Llevad Mi yugo sobre vosotros, y aprended de Mí,
que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso
para vuestras almas» (Mt. 11:29).

Es Dios quien determina qué es bueno y qué es malo, de modo que el bien y el mal se *definen* según la conformidad de los pensamientos, acciones u omisiones con la santa y sabia voluntad de Dios revelada en la Biblia. Según esto, bien y mal no son conceptos relativos, sino tan absolutos como absoluto es Quien los determina.

«Habiendo purificado vuestras almas en obediencia a la verdad para un amor fraternal no fingido, amaos los unos a los otros ardientemente y de corazón puro; pues habéis nacido de nuevo, no de simiente corruptible sino incorruptible, por medio de la Palabra de Dios que vive y permanece. Porque:

Toda carne es como la hierba
y toda su gloria es
como la flor de la hierba.
La hierba se seca y la flor se cae;
pero la Palabra del Señor permanece para siempre.

Ésta es la palabra del evangelio que os ha sido anunciado» (1 P. 1:22-25).

«El cielo y la tierra pasarán, pero Mis palabras no pasarán» (Mt. 24:35).

5. Panenteísmo

Creer que el universo es Dios es *panenteísmo*. La creencia afín pero diferente de que el universo es parte del ser de Dios se denomina propiamente *panenteísmo*.⁴

La posición del Dr. Bach era esta última, pues consideraba que entre el cuerpo humano y su alma había la misma relación que entre el universo y Dios; o sea que Dios es esencialmente el Alma y el universo el Cuerpo cósmico. Tal clase de analogía entre el microcosmos (la persona) y el macrocosmos (Dios) es la clave de la astrología y otras formas de adivinación. En esencia, lleva a la *divinización de la creación*, y a la adoración de las criaturas, un pecado condenado con la mayor energía por la Palabra de Dios como la fuente de toda clase de idolatría y perversión (Ro. 1:18-32).⁵

La Escritura enseña:

1. *Dios es eterno y completamente diferente de Su propia creación*. El universo no es Dios, ni parte de Dios. Dios existió antes de formar el universo, y Su existencia no está en modo alguno ligada a la subsistencia del orden creado.

«En el principio creó Dios los cielos y la tierra» (Gn. 1:1).

«De Jehovah es la tierra y su plenitud,
el mundo y los que lo habitan.

Porque El la fundó sobre los mares
y la afirmó sobre los ríos» (Sal. 24:1s).

«Adorad al que hizo los cielos

y la tierra y el mar

y las fuentes de las aguas» (Ap. 14: 7).

2. *Dios es perfecto, íntegro, eterno y no requiere evolución alguna para perfeccionarse*. Solamente quienes se han construido dioses a su propia imagen y semejanza pueden pensar lo contrario.

«¡Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos!» (He. 13:8).

«Toda buena dádiva y todo don perfecto proviene de lo alto y desciende del Padre de las luces, en quien no hay cambio ni sombra de variación» (Stg. 1:17).

Conclusión

El sistema del Dr. Bach consiste en una mezcla de doctrinas gnósticas, budistas e hinduistas, con sólo una pizca de cristianismo para hacerlo digerible al gusto occidental. Su pensamiento sigue de cerca el abominable sincretismo de madame Helena Petrovna Blavatsky, llamado *teosofismo*,⁶ que inculca el panenteísmo, el evolucionismo individual, la reencarnación y el karma, la autodivinización, el rechazo de la doctrina bíblica de la salvación, etc. La terapia de Bach se propone modificar las concepciones básicas de los pacientes en una dirección opuesta a la que señala la Biblia.

En cuanto a la terapia floral en sí, ella sirve de atractivo señuelo para atraer incautos a este sistema teosófico. Los remedios florales carecen de convalidación científica, y su probable inocuidad no debe hacernos olvidar de las detestables doctrinas que se esconden tras la inocencia de las flores.

NOTAS

1. Su dirección postal es:
The Headquarters
The Dr. Bach Centre
Mount Vernon, Sotwell,
Wallingford, Oxon. OXLO OPZ
INGLATERRA
2. Véase el artículo de Enrique Narvas: *Desde la Argentina: Las flores de Raff. Más allá de la ciencia 1* (1): 73, 1991.
3. En Robert H. Bannerman y otros, p. 165.
4. Véanse los artículos *Panentheism* y *Pantheism* en Sinclair B. Ferguson y otros (Dir.): *New Dictionary of Theology* (InterVarsity Press, Downers Grove, 1988, p. 486s y 488s).
5. Tengo la impresión de que al menos en ciertos ambientes, la casi obsesiva preocupación por el medio y la ecología se vincula más con el panenteísmo que con la responsabilidad del hombre como mayordomo de la creación de Dios. El «ecologismo» se torna así en una nueva y sutil forma de idolatría. Por ello, no es raro hallar entre sus más ardientes defensores quienes sustenten ideas afines a las defendidas por Edward Bach.
6. Véase mi libro *Necromancia: Espiritismo, teosofismo y cultos afrobrasileños* (CLIE, Terrassa, 1992).